

Dios, con todo eso, su obediencia: al tiempo que el sacerdote ante el cual habia hecho la renovacion de sus votos, se llegó á él con el Santísimo Sacramento, para darle la Comunión, vió al Señor en la Hostia consagrada, y fué inundado su espíritu con una consolacion indecible, recibiendo al mismo tiempo una luz especial que le descubrió lo muy agradable que era á Dios la renovacion de votos; y deshaciéndose entónces en abundantes lágrimas, comprendió su error, y la abundancia de la divina gracia continuó derramándose á raudales sobre su alma durante un largo rato; así es que se encontraba como embebecido sin poder articular palabra.

Cuanto acabamos de decir acerca de la renovacion de los votos, puede igualmente aplicarse, en la debida proporcion, á la renovacion de los buenos propósitos y deseos heróicos: Tomás de Kémpis, en la *Imitacion de Cristo*, nos enseña á renovar cada día nuestros buenos propósitos, y á excitarnos al fervor, como si hoy nos hubiésemos convertido á Dios; y Lancisio recomienda asimismo varias clases de actos y deseos heróicos, cuya renovacion seria en verdad grandemente provechosa á nuestras almas, y son las siguientes:—1.^a Actos de humillacion y anonadamiento. En cierta ocasion dijo nuestro Señor dulcísimo

á Santa María Magdalena lo que á continuacion vamos á copiar:—«*Cada vez que ejecutes un acto de humillacion de ti misma en reconocimiento de tu propia nada, considera que así como una criatura no puede vivir sin corazon, de la misma manera es imposible que tú vivas un solo instante sin mí. Mientras conserves en el alma el conocimiento de tu indignidad y miseria, ten por cierto que permaneceré unido contigo, y que mi paz reinará en tu compañía aun durante las batallas que constantemente te parecerá estar riñendo contra las tentaciones que, por permission mia, te atacarán, mas no te vencerán; y en proporcion al mayor encarnizamiento con que te asalten y persigan, así será la sobreabundancia de mi especial asistencia para que no sucumbas en la pelea.*» Otro dia habló el Señor á la misma Santa de esta manera:—*Aquellos que me sirven, deberian ejercitarse en esta honrosa ocupacion con humildad tan profunda, que hiciése descender el alma hasta el centro de la tierra; pues así como la saeta arrojada al espacio, continúa su movimiento, y no permanece en reposo hasta que toca al suelo; así mi Espíritu, solamente reposa en aquella alma que encuentra abismada en el centro de su indignidad y propia nada.* Oigamos, por último,

cuál fué el lenguaje que el Padre eterno usó un día con la misma Magdalena:—*La escala de las palabras de mi Verbo es más alta que la de Jacob, porque su pié descansa en el alma que, por humildad y propio conocimiento, se halla todavía más baja que el abismo en que se encuentra sumergida por la humilde opinion de sí misma; y con el verdadero conocimiento de su propia indignidad, se eleva hasta el seno mismo de mi naturaleza. La diferencia, pues, entre las dos escalas es esta: la de Jacob, no subía mas allá del cielo ni descendía más abajo de la superficie de la tierra; pero la presente, se va elevando más allá de las estrellas, en proporcion á la humildad del alma; aun más todavía: es ensalzada hasta el seno mismo de mi Naturaleza, pues que la humildad del alma es su ensalzamiento.* 2.^a Deseos y propósitos de evitar toda culpa deliberada y aun toda imperfeccion; de suerte que quisiéramos con San Agustín morir ántes que pecar; ó con San Juan Crisóstomo, primero ver la horrible faz del infierno, que ofender á Dios; ó bien, segun la heroica paradoja del Beato Alfonso Rodriguez, preferir el ser arrojado en los profundos abismos del infierno sin culpa alguna, ántes que injuriar á Dios con el más liviano pecado venial que pueda uno imagi-

narse. 3.^a Deseos y propósitos de sufrir todo género de aflicciones y penalidades por amor de nuestro Señor dulcísimo, conforme lo declara San Ignacio en la Meditacion del Reino de Cristo de la Segunda Semana de sus Ejercicios:—*Rey eterno y soberano Señor de todas las cosas, son sus palabras, yo aunque el más indigno de tus siervos, con vuestro favor y ayuda, me ofrezco enteramente á Vos, y pongo á disposicion de vuestra voluntad todo quanto poseo, declarando y protestando ante vuestra infinita bondad, delante de la Virgen vuestra Madre gloriosa, y delante de todos los Santos y Santas de la Corte celestial, que quiero, y deseo, y es mi determinacion deliberada de seguiros, en cuanto me sea posible, y de imitaros en pasar todas injurias, y todo vituperio, y todas adversidades, asi interiores como exteriores, con verdadera paciencia.* 4.^a Deseos y propósitos de amor á nuestros enemigos. 5.^a Deseos y propósitos de resignar enteramente nuestra voluntad y libre albedrío en las manos de Dios nuestro Señor, sin que lleguemos jamás á retractarlos, y no substraendo cosa alguna de semejante sacrificio.

Que estos simples deseos, como sacrificios de amor, sean muy aceptos al Dios omnipotente, puede asimismo deducirse con toda evidencia de

la conducta que no raras veces ha observado su divina Majestad con varios de sus siervos, inspirándoles designios piadosos que Él no intenta jamas los pongan por obra; como en el caso de Abraham, al ordenarle el sacrificio de su hijo Isaac, y con el deseo de San Felipe, de ir á las Indias á predicar el Evangelio y derramar su sangre; y las vidas de los Santos podrian ofrecernos repetidos ejemplos parecidos á los que acabamos de mencionar: no sin razon, pues, asegura San Francisco de Sales, que hasta el concebir deseos imposibles acerca de Dios y de sus perfecciones, es un culto real, un amor verdadero y una oblacion agradable á los ojos divinos. Semejantes artificiosas invenciones de la bondad infinita del Altísimo nos sugieren un sinnúmero de consideraciones; y si nuestros corazones fuesen lo que deben ser, harian asimismo brotar en nosotros muchas fuentes de lágrimas llenas de dulzura y de amor.

Cuando por interes de nuestra alma, no ménos que por la gloria de Dios, tratemos de cultivar en nosotros mismos, con encendido fervor, el espíritu de Alabanza, menester es no echar en olvido que semejante espíritu no es tanto una virtud ó cualidad inherente debida á nuestra propia naturaleza, como un don

de Dios, que tenemos la obligacion de implorar de su divina clemencia por medio de oraciones especiales. Tampoco deberiamos descuidarnos en reclamar á este propósito el patrocinio de Santa Gertrúdis, la cual llegó á sobresalir aun entre los mismos Santos por su admirable espíritu de Alabanza continua al Rey soberano de los siglos: si llegásemos á imitarla en semejante espíritu de Alabanza, vendríamos al fin á participar igualmente de aquella admirable libertad de espíritu que tanto enalteciera á la sierva de Dios. ¡Oh cuán necesaria es esta libertad de espíritu y cuán intimamente enlazada se encuentra con el delicioso espíritu de Alabanza! ¡Pluguiera al cielo que todos los hombres se resolviesen á estudiar á Santa Gertrúdis con más ahinco que hasta el presente! Porque, ciertamente, nuestro gran defecto en la vida espiritual consiste en la falta de libertad de espíritu: hé aquí la razon principal de que entre los cristianos sea comparativamente tan raro el servicio del amor. En efecto, si las personas que viven en medio del mundo y de la sociedad desean llevar una vida devota, que no vayan á imaginarse que acaso una vida conventual, descuidada y disipada sea á propósito para la consecucion de seme-

jante objeto: su posicion y el desempeño de sus deberes respectivos no las permiten disponer libremente del tiempo, ni pueden distribuir el dia en medias horas ó cuartos de hora, como si estuviesen encerradas en un claústro pacífico, sin tener otra cosa más en que ocuparse que obedecer al toque de la campana de un convento ó monasterio. Así es que el ordenar á semejantes sugetos que se tracen una regla escrita, á la cual tengan que obedecer con estricta puntualidad; que la sujecion escrupulosa á tiempos señalados, para consagrarse á los ejercicios de las prácticas espirituales, es la única esperanza que les queda, si quieren aprovechar en la vida devota, con raras excepciones, equivale á decirles que las personas que componen la sociedad moderna, no deben intentar siquiera vivir una vida devota. ¡Cuántos sugetos no han abandonado enteramente la devocion, porque, habiendo ensayado seguir una regla dada, vieron por experiencia, que les era de todo punto imposible el guardarla! ¡Cuántos, por haber trabajado en levantar todo el edificio de su vida devota únicamente sobre los cimientos de horas fijas, de determinados medios, de divisiones y subdivisiones de tiempos marcados para trabajar en la construccion de semejante

obra espiritual, no se han arruinado, luego que una salud delicada, un cambio de estado y obligaciones, ó bien la intervencion en los negocios domésticos, llegaron á impedirles prosiguiesen sus prácticas devotas en las horas señaladas de antemano y con aquellos medios ya estereotipados! Pues téngase entendido, que como la vida espiritual llegue á secarse, no esperemos entónces que se gaste, sino que se romperá en doce pedazos por semana, como el poncho de cuero de un Patagon. Las gentes que viven en medio del mundo están resueltas á ponerla luego al punto desdeñosamente á un lado, familiarizándose con un estado de bajas y humildes aspiraciones: han ensayado semejante método de vida espiritual, y no ha correspondido al fin que se habian propuesto, no ha dado los resultados que esperaban; y así es que, viendo fallidas las esperanzas que fundaran en ese género suyo de vida espiritual, llegan ya á desconfiar enteramente de cualquier otro método que se les aconseje: increíble y espantosa cosa es, ver cuán pronto se acomodan los cristianos á vivir una vida tibia y disipada. Si no fuese por esta fatal facilidad de incurrir en semejante *desfallecimiento* espiritual, el sentido comun, una vergüenza honesta y cierta discrecion

racional, podrian al fin prevalecer y triunfar en el ánimo de semejantes sugetos; mas dicho *abatimiento* ó *desmayo* en su vida espiritual, parece al erizo: la aspereza no le ofende ni lastima, la suavidad no le vence y la persuasión le deja en el mismo estado en que le halla, espinoso y esquivo.

SECCION VIII.

Espíritu benedictino.

Pues bien; los defectos de semejante clase de santidad regular y metódica, así como la persuasión de que no existe ningun otro género de vida espiritual más seguro ni sólido, no reconocen otro origen sino la falta de libertad de espíritu:—Allí donde existe la ley del Señor; allí donde se encuentra el Espíritu de Cristo, allí está la libertad. No hay ninguno, que estando plenamente informado de los escritores espirituales de la antigua escuela benedictina, no perciba y admire aquella hermosa libertad de espíritu que penetra y domina en los ánimos de los que componen esa Orden esclarecida: no podia prometerse otra cosa de una Religión

que atesora tan maduras tradiciones como la de San Benito. Así es que nos reportaria grandes ventajas, si poseyésemos más escritos y traslaciones de semejantes recuerdos gloriosos, que aquellos que al presente encierran nuestras bibliotecas: la esclarecida Santa Gertrúdis es su más vivo dechado; la sierva de Dios es enteramente benedictina. Existen tratados enteros acerca de la vida espiritual, que las personas que viven en el mundo, aprenden de memoria, adquiriendo en ellos el convencimiento de que el método que se las propone es un cautiverio, que el intentar simplemente adoptarle, seria una indiscrecion. Segun tales escritos, todo jóven es preciso que sea un medio seminarista; de lo contrario, tiene que abandonar la devocion: toda doncella es menester que sea una especie de semi-monja ó religiosa sin hábito; de otra suerte, debe irremisiblemente desistir de aspirar á ser algo más que aquellas señoritas ó doncellas que la rodean. ¿Quién, pues, no comprende que semejantes doctrinas y documentos espirituales están en oposicion, y no pueden avenirse con el amor divino, con el sabio y discreto amor que espera Jesús de todos y de cada uno de sus hijos los hombres? El convertir el mundo en un vasto convento relajado, no es ciertamente el